

—¿Por qué llora?

—Lloro de alegría.

—Todo es cierto.

—Como que usted y yo estamos hablando ahora.

*Una hora antes.*

Salí de la comisaría y bajé al aparcamiento donde me monté en mi coche para ir directamente a casa. Llegué al portal y encontré la puerta extrañamente abierta. Era un edificio sin ascensor, empecé a subir las escaleras. Algo me resultó más extraño aún, la puerta del vecino del "segundo A" estaba entreabierta. Me acerqué y llamé un par de veces. No hubo respuesta. Me adentré en el piso diciendo en voz alta el nombre del inquilino. Llegué hasta el salón, vi un par de cojines en el suelo. Restos de un jarrón roto contra la pared. Los demás objetos estaban en orden y, ya iba a salir de la habitación, cuando algo me llamó la atención. De debajo del sofá principal, sobresalía una esquina de papel. Me agaché a recogerlo. Al estirar de él, vi que se trataba de un folio de pergamino en blanco. Miré debajo del mueble y pude ver que había un par más al fondo. Tres folios de pergamino. Los puse al contraluz de la ventana, no se veía nada. Volví a la entrada. El cuenco de las llaves estaba vacío y la libreta que estaba al lado, cuya primera hoja había sido arrancada descuidadamente, estaba abierta por la mitad. Con un lápiz empecé a

rayar la segunda hoja para comprobar si se había copiado el mensaje.

*Susana,*

*Me voy por lo que hablamos. Todo es todo.*

*Los encontrarás donde piensas, debajo.*

*Se muy feliz y no vuelvas.*

Salí del piso y llamé al piso de enfrente. Un piso de estudiantes. Abrió la puerta una chica joven: —Buenas tardes, vecino.

—Hola ¿has oído algo extraño que viniese del piso de enfrente? El del señor López.

—Ahora que lo dice... Cuando he llegado al portal, al mediodía, he escuchado ruido de cristales rotos, unos gritos y he visto a Susana que bajaba muy deprisa. Ni me ha saludado.

—¿Quién es Susana?

—¡Mira! —me dijo señalando las escaleras —. ¡Susana!

—¡Susana, espere!

Había salido corriendo escaleras abajo cuando nos vio. Corrí.

—Susana, espere, soy policía ¿Busca los tres folios?

Se paró antes de cruzar la puerta del portal.

—Mire —le enseñé la placa y los folios —. Acompañeme a mi casa.

Me contó que había estado trabajando para el señor López durante tres años y que habían forjado una buena amistad. Este le había

comentado varias veces que sus últimos días los quería pasar en una residencia lejos de todo el mundo. No tenía buena relación con su familia y, a sus amigos, no los quería molestar dependiendo de ellos. No le había hecho mucho caso y más cuando un día le dijo que le iba a dejar una parte importante de sus pertenencias a ella por lo bien que lo trataba. Esa mañana, cuando llegó a casa del señor López, vio la nota y enseguida entendió dónde había dejado los folios por un juego que tenían entre los dos. El señor López guardaba revistas y periódicos bajo el sofá para no tenerse que levantar. Susana siempre los recogía y él le reñía con una sonrisa.

Justo cuando vio los folios bajo el sofá se presentó, sin llamar a la puerta, un hombre que decía que era uno de los hijos del señor López. Venía enfadado porque la noche anterior este los había llamado para contarles el plan. El hijo le echaba la culpa a ella y la discusión fue a más, hasta que le arrojó el jarrón y ella huyó. Había esperado hasta que vio que el hombre salió del edificio y, ahora, había vuelto a por los folios.

—Pero están en blanco ¿Tinta invisible? —Le pregunté.

—Muy propio del señor López, lo escribiría con zumo de limón.

Encienda una vela y caliente los folios con ella.

Así lo hice y poco a poco fue apareciendo el texto con los deseos del señor López. Todo lo que le dejaba a Susana, pedía que nadie lo buscase y terminaba despidiéndose.

—¿Por qué llora? ...